



## CAPÍTULO XXIX

### LA PUREZA

#### I

**E**SCUCHADME, vosotros que sois prosapia de Dios, y brotad como rosales plantados junto á las corrientes de las aguas; esparcid suaves olores como en el Líbano el árbol del incienso; floreced como azucenas; despedid fragancia, y echad frondosas ramas, y entonad cánticos de alabanza, y bendecid al Señor en sus obras (1). Tal es la virtud de la santa pureza, virtud de los ángeles: más blanca que los ampos de nieve, y más pura que la cándida azucena, trasciende un aroma verdaderamente celestial. ¿Queréis contemplarla en toda su belleza y aspirar su celestial fragancia? Poned los ojos en la Niña preciosa de Dios y en su Hijo divino, y acercaos á la Madre y al Hijo.

(1) Eecf. XXXIX, 17-19

La Madre de Dios, su Niño precioso: al pensar en ellos recordamos estas palabras de los Libros Santos: ¡Oh, cuán bella es la generación casta con esclarecida virtud! Es inmortal su memoria y es honrada de Dios y de los hombres. Cuando está presente la imitan, y cuando se ausenta la echan de menos, y coronada triunfa eternamente (1).

El Verbo de Dios nace del seno del Padre desde la misma eternidad, y es el esplendor de la divina gloria; María salió de los labios del Altísimo como primogénita antes que las demás criaturas. El Verbo de Dios es engendrado de la substancia de su Padre; María fue producida de la nada; mas lo fue con una pureza tan grande y perfecta, que pudiera elevarse hasta el solio de la deidad; sus relaciones tendrían que ser tan estrechas y de una sublimidad tan admirable con Dios Nuestro Señor, que la santa Niña, penetrada, llena enteramente de su mismo Dios, pudiese engendrarle como Madre verdadera. La carne inmaculada de la santa Virgen quedaría fecundizada por la acción omnipotente del Eterno. ¿Qué pureza podrá compararse con la santa pureza de María? Es esta Niña cual cándida azucena rodeada de espinas, y su seno purísimo como un montoncito de trigo rodeado de azucenas, huerto cerrado, fuente sellada, celestial paraíso de donde mana la fuente de la vida. Huerto de delicias embe-

(1) Sap. IV, 1, 2.



llecido con todas las flores de la santidad, y que trasciende con el suavísimo aroma de todas las virtudes; es huerto cerrado y nadie podrá violarlo ni corromperlo con el engaño ó la perfidia. Es fuente sellada con el sello de toda la Trinidad (1).

Hállase relacionada la pureza de María con la Encarnación del Hijo de Dios; por eso aquella es tan perfecta y hermosa, tan santa y admirable. El que es engendrado entre los resplandores de la luz eterna, al descender al seno de la Virgen santa tendría que ser concebido en la hermosura de la pureza y en la perfección de toda santidad, porque Él es santo por su misma esencia, y no hay en Él tinieblas ningunas.

Ni el más elevado serafín tiene con Dios una unión tan estrecha, ni ha podido con su propia pureza cubrir á su Dios, que, según la expresión de David, se ha vestido de luz: por esto la celestial pureza de María se eleva incomparablemente sobre la de los demás encumbrados serafines, y sólo es inferior á la del Eterno.

En la pureza de María hay una hermosura encantadora; todo en Ella es santo, amable y perfecto; es luz que disipa las tinieblas del pecado; es gracia de amor y virtud; es sonrisa de Dios; es su mirada de inefable ternura y desbordamiento de su amor incomparable hacia María.

(1) Hieron. *De Assump.*

La pureza se entiende *per recessum* á contrario, y nadie está más distante de lo que pueda ofrecerla que quien se halla más unido á Dios; y ¿podremos hallar entre todas las criaturas alguna que esté tan unida á Dios como María?

Por lo mismo, la pureza de esta santa Niña es maravilla divina, hermosura perfecta, brillantísima luz y gracia superior á todas las demás que el Eterno ha dispensado á las otras criaturas.

¡Ay de nosotros! Al pensar en esa elevación casi infinita de la pureza de María, sentimos el más triste desaliento. ¿Quién subirá al monte del Señor, ó quién podrá permanecer en su santuario? ¿Nos animaremos á exclamar: llévanos en pos de tí y correremos al olor de tus perfumes? Manchados en nuestro mismo origen y cubiertos con la abominable lepra de la culpa, nos avergonzamos de nosotros mismos al pensar en la pureza de que hablamos; mas, sin embargo, preciso es arrojar el desaliento lejos de nosotros y confiar en Dios, ya que tenemos que poner los ojos en otra pureza más elevada y perfecta, cual es la de Jesús, flor del campo y azucena de los valles, de quien está escrito que es el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes (1); razón de la pureza de María y principio de toda santidad.

La pureza del Hijo de Dios hecho hombre

(1) Sap IX, 17.



por nosotros, no sólo es perfectísima y sublime, y sobre toda expresión muy elevada, sino también es fuente inagotable de toda santidad. Como el trigo y el vino nos sustentan, así la pureza de Jesús nos comunica la vida de la gracia y nos llena de toda santidad. Él es la luz del mundo, y los que tienen la dicha de seguirle son iluminados con la hermosa y dulce claridad de su doctrina, de sus santos ejemplos y de la gracia, en fin, que sin cesar está manando de su dulce Corazón. Vino del cielo para darnos vida, amor y gracia, y todo esto con gran abundancia. ¡Cuánta riqueza en aquella dulcísima vida que la santidad de Jesús nos comunica; qué amor tan delicioso y santo, y qué gracia tan sublime!

Esta es la excelencia de la pureza, su virtud sagrada y su hermosura incomparable y perfectísima. Veamos ahora la necesidad que de ella tenemos para conseguir la vida eterna.— En esa vida nada manchado puede entrar, porque Dios, pureza infinita, no muestra su rostro sino á los limpios de corazón. Los impuros, dice el Apóstol, no poseerán el reino de los cielos (1). ¿Qué tiene que ver la justicia con la iniquidad? ¿Qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas, ó qué concordia entre Cristo y Belial, ó qué consonancia entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois templo de Dios vivo, según estas palabras: Habitaré

(1) I Cor. VI, 9, 10.

dentro de ellos; andaré en medio de ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid vosotros de entre tales gentes y separaos de ellas, dice el Señor, y no tengais contacto con la inmundicia (1); porque esta es la voluntad de Dios, decía también el Apóstol, vuestra santificación: que os abstengais de la deshonestidad; que sepa cada uno de vosotros guardar su cuerpo santa y honestamente... Porque no nos ha llamado Dios á la inmundicia, sino á la santidad (2).

En otro tiempo no érais sino tinieblas, decía San Pablo á los fieles de Efeso, mas ahora sois luz en el Señor; proceded como hijos de la luz: el fruto de la luz consiste en proceder con toda bondad, justicia y verdad, procurando lo que es agradable á Dios. No querais ser cómplices de las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, reprendedlas... Andad con gran circunspección, no como necios, sino como prudentes, recobrando el tiempo perdido; porque los días de nuestra vida son malos, llenos de tentaciones y peligros. No seais indiscretos, sino atentos, para saber cuál es la voluntad de Dios... dando siempre gracias por todo á Dios Padre en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo (3). Tales son las hermosas y apacibles sendas que al Señor nos conducen, resplandecientes con

(1) II Cor. VI, 14-17.

(2) Thes. IV, 7,

(3) 8-20.



la luz de la pureza y perfumadas con la fragancia celestial de la virtud; caminemos por ellas sin desfallecer, y el Cordero de Dios irá delante de nosotros para llevarnos á las fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará las lágrimas de nuestros ojos.

II

La santa pureza es una preciosa margarita, un tesoro de valor inestimable. Ahora bien: cuando alguno trata de comprar una joya de inmenso valor, al hallarla, vende todo lo que tiene para adquirirla; y cuando damos con un tesoro escondido, vendemos todas nuestras cosas y compramos el campo en donde aquel tesoro se encuentra. ¿Qué no deberemos hacer á fin de adquirir ó conservar la santa pureza, alhaja riquísima y espléndido tesoro de un valor infinito? Grandes son los sacrificios que hacemos sin dificultad por adquirir riquezas ó por la satisfacción de las pasiones; ¿será demasiado el que hagamos otro tanto por conseguir también la santa virtud de la pureza, cuyos frutos son de vida eterna?

Los principales medios que debemos emplear para conseguir y conservar la pureza, ó bien para recobrarla si por desgracia la hemos perdido, son los siguientes:

Primero. Debemos pedir á Dios Nuestro

Señor ese don de los cielos. Cuando llegué á entender, decía Salomón, que no podía ser continente si Dios no me lo otorgaba (y era ya efecto de la sabiduría el entender de quien venía este don), acudí al Señor y lo pedí con fervor (1). ¿Queremos ser puros? Pidámoslo á Dios con mucha humildad, con fervor y constancia. Con humildad, porque no merecemos una gracia tan señalada de su amor divino. Nuestras faltas tienen que cubrirnos de vergüenza y revelarnos toda nuestra indignidad. Recordémoslas á fin de humillarnos más y más en la presencia del Señor. Pidamos á Su Majestad con instancia y fervor esa bellísima virtud que le es tan agradable; de ella tenemos grandísima necesidad, ya que la impureza nos cierra las puertas del cielo. En fin, seamos constantes en nuestros ruegos, y Dios se inclinará á nosotros lleno de misericordia. ¿Cómo saldríamos vencedores en los terribles combates que con tanta frecuencia debemos sostener contra ese enemigo doméstico, que conoce, por decirlo así, nuestra gran debilidad, y que acaso tantas veces ha triunfado de nosotros? Elevemos nuestros ojos al Señor y pidámosle su auxilio; confiemos en Él y saldremos vencedores.

Segundo. Desconfiemos de nosotros mismos, porque somos debilidad y miseria. Muy inclinados estamos al pecado; porque nuestro amor

(1) Sap. VIII, 21.



propio y esa mala inclinación de que tantas veces no nos damos cuenta, nos ocultan la gravedad de los peligros y nos hacen descuidados de nuestra conducta. La desconfianza nos hará circunspectos; y en virtud de la misma, sobre todo en circunstancias difíciles, tomaremos las debidas precauciones, y previendo los peligros podremos evitarlos mediante la divina gracia. De otra suerte, esto es, confiando en nosotros, no acudiremos á Dios Nuestro Señor en busca de socorro, ni conoceríamos que distábamos de la muerte un solo paso, como decía David (1). Y sucede tantas veces que á pesar de la desconfianza y de las precauciones que tomamos para evitar el pecado, nos vemos en gravísimo peligro ó incurrimos en él; ¿qué podrá pasarnos si vivimos con una confianza temeraria que por nada se arredra ni prevé cosa alguna? Tal confianza es el resultado de nuestra soberbia, ó si se quiere de una culpable indiferencia por los intereses de la vida eterna; no son estos los caminos que han de llevarnos al Señor.

Tercero. Si deseamos adquirir ó conservar la santa pureza, procuremos guardar el corazón con toda vigilancia, y sujetar nuestros sentidos á las leyes de la modestia cristiana. En cuanto á lo primero, es indispensable rechazar con prontitud y fortaleza todo pensamiento poco digno de la santidad cristiana, co-

(1) Reg. XX, 2.

rregir los extravíos de la imaginación, pues de otra suerte nos acercáramos al peligro y tal vez sucumbiríamos, ó, por lo menos, tendríamos que perder la tranquilidad de nuestro espíritu, y el fastidio por las cosas de Dios y la tibieza en su santo servicio, muy pronto tendrían entrada en nuestras almas. En tales circunstancias recibiríamos con docilidad y prontitud, con verdadera alegría, las inspiraciones de la gracia, y sería para nosotros dulce y amable el yugo del Señor? Neguemos, pues, al corazón esos entretenimientos tan perjudiciales; neguemos á nuestros sentidos una vana y peligrosa libertad. ¿Quién podrá decirnos cuántos han sido los males que nos ha ocasionado la libertad de la vista; la curiosidad que nos inclina á escuchar conversaciones nada edificantes; la locuacidad, y en fin, la falta de modestia en nuestras acciones?

Cuarto. Huir de las ocasiones y peligros nos es enteramente indispensable para la virtud de la pureza. Quien ama el peligro, perecerá en él, ha dicho el Señor (1), y su palabra es la verdad. Exponiéndonos al peligro ó permaneciendo en él por nuestra voluntad, no obligaremos por cierto á Dios Nuestro Señor á darnos el socorro de su gracia. Aun más: en tales circunstancias, no haremos gran caso de las inspiraciones divinas; los llamamientos del Señor mil y mil veces serán rechazados por

(1) Ecci. III, 27.



nosotros; y ¿mereceremos que nos llame el Señor al buen camino, con una conducta semejante? Evitemos, pues, cuanto esté de nuestra parte todas las ocasiones y peligros de que hablamos, pues sin esto casi no tendrían resultado favorable los otros medios que pusieramos en práctica á fin de conservarnos en la gracia del Señor.

Quinto. La meditación de las verdades eternas y el temor de Dios son también medios muy poderosos para conservar la pureza de nuestra alma. Cuando el mundo y las pasiones nos inclinen al pecado, acordémonos de los eternos y atrocísimos tormentos con que Dios lo castiga en el infierno: ¿podremos habitar en aquel fuego devorador, vivir entre los ardores que nunca han de acabarse?

Pensemos también en la pasión y muerte del Señor, á quien de nuevo crucificamos con nuestras culpas, y traigamos á la memoria estas palabras de San Pablo: Una horrenda expectación del juicio y un fuego abrasador ha de devorar á los enemigos del Señor. Quien prevarica contra la ley de Moisés, es condenado, sin remisión, á la muerte; pues ahora considerad cuánto más acerbos serán los suplicios del que hollare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del Testamento, por la que fue santificado, y ultrajare al Espíritu de la gracia (1).

(1) Heb. X, 27-29.

Sexto. Si queremos ser puros, sujetemos á la penitencia nuestra carne, tantas veces rebelde á la ley del Espíritu, no olvidando jamás que los que son de Jesucristo tienen crucificada su propia carne con sus vicios y pasiones, y que si vivimos por Espíritu de Dios debemos proceder según este mismo Espíritu (1).—Si regalamos nuestra carne y accedemos á todos sus deseos, ¿morará en ella el Espíritu de la pureza? Dios Nuestro Señor, dice la Escritura divina, estableció al pueblo de Israel en una tierra excelente para que comiera de la fruta de los campos y gustara la miel que se encuentra en las cavidades de las peñas, y el suave aceite de los olivos que se crían entre las más duras rocas, la manteca de las vacas y la leche de las ovejas, la grosura de los corderos y las carnes del país de Basán, machos de cabrío, la flor del trigo; y para que bebiera, la sangre de las uvas en purísimo vino. Engrosóse el amado y tiró coques; engrosado, robustecido, ensanchado, abandonó á Dios su Hacedor y se alejó de Dios su Salvador (2).—La sabiduría de Dios, esto decimos también de la pureza, no entrará jamás en alma maligna ni morirá en cuerpo sujeto á pecados (3).—Los Santos, á fin de conservarse puros, se sujetaron á los rigores de la penitencia, y si nosotros descansamos lo mismo que ellos

(1) Galat. V, 24, 25.

(2) Deut. XXXII, 13-15.

(3) Sap. I, 4.



descansaron, tenemos que seguir sus ejemplos con esfuerzo y constancia; porque el reino de Dios se alcanza á viva fuerza, y los que se hacen violencia á sí mismos son los que lo arrebatan.

Séptimo. Tengamos á la Madre de Dios una devoción especialísima, para que Ella nos alcance el don de pureza. Es María la más pura de las vírgenes, la reina de toda castidad, la que llevó en su seno al Cordero de Dios. Están en las manos de esta santísima Señora todos los tesoros del Eterno: el candor de la inocencia, la integridad de las vírgenes; en una palabra, la santa virtud de la pureza, á fin de comunicarla á todos los cristianos. Cubrámonos, pues, con su manto virginal; invoquemos con frecuencia su sagrado nombre, sobre todo á la hora del peligro. En las angustias, en las dudas, pensemos en Ella; pongamos nuestra confianza en su gran misericordia, y María rogará por nosotros al Señor.

Octavo. Al conocer el peligro y al sentir la tentación que nos inclina al pecado, apartémonos luego de aquél y resistamos á ésta con prontitud y fortaleza, pues toda la tardanza en esta materia es peligrosísima; y, por otra parte, huir del peligro y resistir las tentaciones al instante mismo que se nos presentan, nos será más fácil que dejando pasar algún tiempo. Además, ¿por qué no seríamos generosos en los combates que sostenemos por Dios Nuestro Señor, portándonos de la manera más santa y

perfecta que nos sea posible? Haciéndolo así, la benignidad de Dios se inclinará á nosotros para colmarnos de sus gracias con mayor abundancia y largueza.

¡Oh, si supiéramos cuánta es la hermosura de la pureza y cuán agradables nos hace á los ojos del Señor! Tendríamos, sin duda, el más decidido y generoso empeño por conservarla; nada serían para nosotros los mayores sacrificios, y día y noche estaríamos pensando en aumentar aquel preciosísimo tesoro de inmortalidad y de vida eterna por medio de la vigilancia y la mortificación, y recurriendo á Dios nuestro Señor pidiéndole su auxilio, acordémonos de estas palabras del Divino Maestro: *Hoc fac et vi- ves* (1). Hagámoslo así y alcanzaremos la vida eterna.

(1) Luc. XI, 28.







### CAPÍTULO XXX

#### LA PIEDAD

**L**os dones del Espíritu Santo, dice el Ángel de las Escuelas, son ciertas disposiciones habituales del alma que la hacen apta para seguir con prontitud el impulso del Espíritu Santo; mas el Espíritu Santo nos mueve á que tengamos cierto afecto filial á Dios, según estas palabras: Habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos por el cual clamamos: Padre, Padre mío; y puesto que á la piedad pertenece propiamente tributar obsequio y culto al Padre, síguese que la piedad por la cual tributamos culto y honor á Dios como á Padre, mediante el impulso del Espíritu Santo, es un don del mismo Espíritu.

Dar culto á Dios como á Creador, lo cual hace la religión, es más excelente que tributarlo al padre carnal, lo cual hace la piedad, que

es virtud; mas tributar el culto á Dios como á Padre es más excelente que como á Creador y Señor. Por esto la piedad, en cuanto es un don, es más excelente que la misma religión.

Así como por la piedad, que es virtud, el hombre no sólo obsequia á su padre, sino también á todos los consanguíneos, según que pertenecen al padre, de la misma manera la piedad, según que es don, no sólo obsequia á Dios, sino también á los hombres en cuanto pertenecen á Dios, y por esto es propio de la misma piedad honrar á los Santos y no contradecir á las Santas Escrituras. Además, la piedad viene en auxilio de los que sufren la miseria, y aunque este acto no tenga lugar en la patria, principalmente después del juicio, lo tendrá, sin embargo, el acto principal de la piedad, que consiste en reverenciar á Dios con filial afecto, y esto ha de realizarse principalmente según estas palabras: Ved cómo han sido contados entre los hijos de Dios (1), y asimismo los Santos se honrarán mutuamente. Mas antes del juicio se compadecen también de los que viven en el presente estado de miseria (2).

Pensemos, pues, en nuestro Dios, en el Padre dulcísimo á quien tenemos que amar con afecto de hijos, á quien son debidos el respeto y la obediencia.

Si pensáramos con frecuencia en la bondad

(1) Sap. V, 5.

(2) 2-2, Q. CXXI, a. 1.



y dulzura que tiene para nosotros nuestro Padre amabilísimo, la más dulce piedad llenaría nuestras almas. ¿En donde hallaremos otro corazón que así nos ame y que tanto se interese por nosotros, como el del Padre celestial? Nos adoptó por hijos, mas ¿en quién lo hizo ó qué amor tuvo presente para adoptarnos? Esta es una bondad infinita, una liberalidad y una largueza que ni podemos comprender, ni jamás pagaremos dignamente. Dícenos San Pablo: Dios nos escogió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha en su presencia por la castidad, habiéndonos predestinado al ser de hijos suyos adoptivos por Jesucristo; á gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad, á fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo agradables á sus ojos en su querido Hijo (1).

La filiación adoptiva tiene cierta semejanza natural. Ahora bien: el Hijo de Dios procede naturalmente del Padre como Verbo intelectual, y es uno con el mismo Padre. La semejanza con este Verbo divino puede tenerse de tres maneras: primera, según la razón de forma; segunda, también respecto á la intelectualidad de la misma forma, y tercera, según la unidad que el Verbo Eterno tiene con su Padre, lo cual se verifica por la gracia y la caridad. ¡Oh, Señor! decía Jesucristo á su divino Padre, que sean mis discípulos una cosa en nosotros, como

(1) Ephes. I, 4-6.

también nosotros lo somos (1). Tal semejanza completa la razón de la adopción, puesto que á los así asimilados se les debe la herencia eterna (2).

Nuestra semejanza con el Hijo de Dios según la unidad que tiene con el Padre; el derecho á la herencia de los cielos... ¡oh cuantas maravillas brillan juntamente con todos los encantos de la divina bondad! Sí, la bondad divina es la que resplandece en nuestra adopción de hijos. El hombre, en lo que hace, trata de atender á su necesidad, mas no así Dios, que nos comunica la abundancia de su perfección por su bondad infinita. Ella es altísima, inmutable y eterna, y sin embargo se inclina hasta nosotros para comunicarnos los tesoros de su gracia.

Dios, al adoptarnos por hijos, nos une á su Verbo Divino y nos une á sí mismo. ¡Qué unión tan misteriosa y santa! Manantial de inagotables delicias que se derraman en nuestra alma casi sin medida. Pensamos en el Hijo de Dios y exclamamos: es nuestro hermano. Ponemos los ojos en el Padre celestial y decimos: es nuestro Padre amabilísimo y santo, que se dignó adoptarnos por hijos en su Hijo Unigénito... Así se ha dignado amarnos el Señor: ¿dejaríamos de corresponder con amor de hijos al más excelente y perfecto de todos los padres? Nuestra alma siéntese abrasada en las llamas del amor

(1) Joann. XVII, 22.

(2) 3 p. Q. XXII, a. 3.



divino. ¡Qué Padre tan bueno tenemos en los cielos! Lleno de benignidad y de dulzura nos reconoce por sus hijos, nos estrecha en sus brazos, nos lleva en su seno, y somos agradables á sus divinos ojos en su Hijo Unigénito Nuestro Señor Jesucristo.

Este es el gran motivo, si así podemos llamarlo, del amor que la piedad despierta en nuestras almas hacia Él: es nuestro Padre, y lo ha querido ser por su infinita bondad. Es nuestro Padre, y se ha dignado unirnos con sagrado vínculo á su Hijo Unigénito, y en esto mismo hácenos participantes de la herencia de los cielos. *Ipsius enim et genus sumus*: somos de su linaje (1). ¡Qué expresión tan sublime! Eleva nuestras almas hasta el mismo Dios y nos llena de inefable dicha. No somos de nosotros mismos, sino de Dios; mas si esto es así, tenemos que seguir, según la enseñanza del Apóstol, una conducta digna de Dios, agradándole en todo, produciendo frutos en toda especie de buenas obras, y adelantando en la ciencia de Dios... dando gracias á Dios Padre, que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los Santos, iluminándonos con la luz del Evangelio (2).

Somos del linaje de Dios; por eso todos sus intereses son nuestros, y somos nosotros enteramente suyos. En Él está nuestra vida; Él es nuestra riqueza; Él nuestro amor. Descansa-

(1) Act. XVII, 28.

(2) Colos. I, 10-12.

mos en su seno con la más humilde y amorosa confianza, porque es nuestro Padre, porque el amor que le tenemos no nos deja buscar otro asilo, ni hay para él otro lugar de encantos y delicias que el dulcísimo regazo de ese Padre, que se ha dignado adoptarnos por sus hijos. ¡Ojalá que siempre le amemos con todo nuestro afecto!

Nuestro amor para con el Padre celestial debe ser humildísimo, porque son infinitos su poder y su grandeza, su majestad y su gloria; y delante de Él, ¿quiénes somos nosotros? Al pensar en esto, la benignidad y la condescendencia de Dios Nuestro Señor arrebatan toda nuestra admiración, y la piedad nos llena de ternura. Ese Dios tan grande que reina en lo más elevado de los cielos, omnipotente, inmutable y eterno, se ha dignado adoptarnos por hijos... ¿Cómo no humillarnos y aniquilarnos en su presencia? Y al ser nuestro Padre nos impone la santa y deliciosa obligación de amarle con amor filial. ¿En dónde hallaremos quien así nos ame, ó quien tenga más derecho á nuestro amor? Sentimos ser hijos indignos de un Padre tan bueno, y no haberle amado ni poderle amar cuanto merece; porque somos criaturas miserables que nada podemos sin su auxilio y que



muchas veces le hemos ofendido; mas ese Padre dulcísimo jamás nos olvida, y una y otra vez nos llama á sus brazos, y al venir á ellos dice estas palabras: Este mi hijo estaba muerto y ha resucitado, estaba perdido y le he hallado (1).

La piedad que así nos humilla delante de Dios, llena al mismo tiempo nuestro espíritu de la más profunda reverencia, y nos dice que debemos obedecer con sumisión perfectísima á un Padre tan bueno. Dícenos también que si somos hermanos de Jesús, tengamos presente que Él, como hombre, tuvo á su divino Padre una infinita reverencia (2), y que le obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz. La piedad nos dice asimismo que si la adopción humana nos inspira amor, respeto y obediencia para con aquellos que nos reciben por hijos, la adopción divina es más poderosa y fecunda; pues Dios, al que adopta le hace apto por el don de su gracia; mas el hombre, al adoptar, más bien elige al que ya tiene la aptitud (3).

El ejercicio corporal sirve para pocas cosas, dice el Apóstol; mas la piedad sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente y de la futura. Esta es palabra fiel y digna de toda acepción. En verdad, por eso sufrimos trabajos y oprobios, porque esperamos

(1) Luc. XV, 24.

(2) 3.<sup>a</sup> p. Q. VII, a. VI.

(3) Id. Q. XXIII, a. I.

en el Dios vivo, que es Salvador de todos los hombres, principalmente de los fieles (1). ¿Qué bienes no hallaremos en la piedad filial que nuestro buen Padre Dios se digna inspirarnos para con Su Majestad? Ella es útil para todo. En efecto; al inspirarnos un dulce sentimiento hacia el Padre celestial, nos muestra en Él la fuente de todos nuestros bienes; nos asegura que su bondad es infinita, y que siempre está inclinado á socorrernos; que su Providencia es amorosísima y que nunca llega á olvidarnos. Esto nos da una confianza muy grande, que conserva la paz de nuestro corazón en medio de los peligros y en las mayores desgracias; podemos decir con David: Aunque se reúnan contra mí grandes ejércitos no temblará mi corazón, y en medio del combate se mantendrá firme mi esperanza (2).

Las más grandes desgracias no nos harán destallecer, ya que nuestro Padre no ha de permitir que sean mayores que las fuerzas que Él mismo tendrá que darnos para resistir. Nada sucede sin su santa voluntad, y Él no quiere nuestra ruína; mas al contrario, todo lo dispone para el bien de sus hijos.

Esa confianza que la piedad nos inspira, se funda solamente en la bondad de Dios, que nunca deja confundido á quien pone en Él la esperanza de su salvación.

(1) I Thim. IV, 8-10.

(2) Ps XXVI, 3.



La piedad nos rinde á los pies del Padre celestial, y hácenos pedirle cuanto hemos menester; esto es lo que los hijos hacen con sus padres; y á nuestro Padre divino, no sólo pedimos los bienes de la vida presente, sino antes que todo los de la eterna.

Si la piedad nos muestra al Padre de que hablamos tan dulcemente inclinado á nosotros, no nos oculta cuánto le debemos y la obligación estrechísima y sagrada de vivir del todo sujetos á la voluntad del mismo Padre. Como en una familia cumplen los hijos la voluntad de su padre, de quien es el gobierno, así nosotros, á quienes Dios se ha dignado adoptar por hijos, tenemos que cumplir su voluntad sagrada, de tal manera, que la nuestra sea una misma con la suya cuanto fuese dable; y santificados, elevados nuestros sentimientos, no resistirán al poder divino.

¿Por qué tanto nos abrumen los males y desgracias que sufrimos, y nos hacen tan pesada la existencia, que muchas veces nos parece una carga insoportable? ¿Por qué la melancolía y el desaliento penetran hasta el fondo de nuestra alma, nos envuelven en tristesísimas tinieblas, y los ayes que exhalamos revelan mas no alivian nuestras penas? Hemos olvidado que Dios es nuestro Padre, y no es tan tierna y amorosa cual debiera serlo nuestra piedad filial para con Él. Si entonces recordásemos que Él es un Padre que nunca nos olvida, omnipotente y lleno de bondad, los males y desgracias no nos

harían desfallecer, ni la tristeza llegaría á oprimirnos, y aligerado el peso del dolor éste apartaría sus ayes.

La piedad filial derrama en el fondo del alma una dulzura misteriosa y santa que suaviza nuestro carácter y nos inclina á la santa mansedumbre, á la benevolencia para con todos, de tal manera, que podamos decir las palabras del Apóstol: Híceme todo para todos á fin de ganarlos á todos (1).

En los deberes que la religión nos impone hallamos, mediante la piedad, consuelos y delicias inefables. Al pie del sagrado Tabernáculo, ó bien lloramos nuestras culpas, ó sentimos que el corazón se nos abrasa en las llamas del amor divino; la piedad mezcla sus dulzuras é infunde en el alma la esperanza del perdón de los pecados, y vuelve más vivas y ardorosas las llamas del amor que nos abrasa.

¿Quién podrá decirnos cuánta es la fortaleza y cuánta la resignación que la dulce piedad sabe inspirarnos en las más difíciles y azarosas circunstancias de la vida? Y no hay que extrañar que nos alivie y consuele con tanta largueza y con una benignidad tan admirable. La piedad toma su virtud y sus consuelos, y su gran misericordia y cuanto tiene de amable y bondadosa del corazón de nuestro Padre amorosísimo, cuya clemencia es infinita y rica fuente de gracias celestiales. Padre mío, Padre mío,

(1) I Cor. IX, 22.



la piedad nos hace pronunciar con dulzura inefable ese nombre sagrado, y este Padre amoroso nos colma de bondad y gracia.—Amémosle con todo nuestro afecto; pongamos en Él nuestra confianza; pidámosle su auxilio y nunca lleguemos á olvidarle. ¿Cómo olvidar al que nunca nos olvida; ó no pedir su auxilio á quien puede y quiere socorrernos; ó no confiar en el que siempre nos protege con su amable Providencia; ó no amar con todo el corazón al dulcísimo Padre que tanto nos ama? Que Él sea bendito para siempre. Amén.



## CAPÍTULO XXXI

### LA PRESENCIA DE DIOS (1)

#### I

**D**ED aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, y el Señor morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Él, habitando en medio de ellos, será su Dios, y enjugará de sus ojos todas las lágrimas (2). Dios los esconderá donde tiene escondido su rostro, preservándoles de las turbulencias de los hombres. Los pondrá en su Tabernáculo á cubierto de las lenguas maldicientes (3). El pecado arrojó al hombre del paraíso terrenal; la presencia de

(1) Aunque ya hemos hablado de la presencia de Dios, la importancia de la materia hace que le consagremos el presente capítulo.

(2) Apoc. XXI, 3, 4.

(3) Ps. XXX, 21.